

CAPÍTULO XIX

GUILLERMO III.—ANA.

Gran número de personas en Inglaterra, sobre todo del clero, habían permanecido fieles al destronado rey; y bajo el nombre de jacobitas fueron perseguidos y despojados de sus beneficios. Llegó sin embargo un momento en que para poner acordes los escrúpulos de la conciencia con las exigencias del interés, se inventó una distinción entre el rey de hecho y el de derecho; y de esta manera se pudo obedecer á Guillermo como al elegido por la nación, pero no como á un príncipe legítimo. Tratóse también para apaciguar los escrúpulos religiosos de redactar una fórmula en términos más vagos, á fin de que los no conformistas pudiesen también firmarla, pero no fué posible, si bien Guillermo, aunque celoso calvinista, consiguió obtener el *Acta de tolerancia*, que libertó de las penas impuestas á aquellos que no asistían á los ejercicios del culto.

Aunque parecía que la Escocia debía haber permanecido partidaria de los Estuardos, aceptó la revolución con alegría, en atención á que el culto episcopal que le había sido impuesto por Carlos II le pesaba estremadamente. La oposición de los torys y la insurrección de los montañeses fueron domadas por las armas. Los católicos irlandeses habían esperado, con la restauración, recobrar sus derechos; y los nuevos propietarios temblaban, cuando fué proscrito el catolicismo por el irresoluto Carlos II, que hizo más severa la prohibición de salir de la isla por temor de que no fuesen á Inglaterra á pedirle justicia. Aseguró en el país á los revolucionarios las usurpaciones que les arrebató en Inglaterra, aunque prometiendo devolver sus bienes á los que pudiesen demostrar su inocencia; edicto infuente que comenzaba por declararlos culpables, y no obstante, fueron tantos los que se disculparon, que faltaron tierras para indemnizarlos: entonces se comenzó á hablar contra el papismo y cesaron las reparaciones.

Quiso hacerse sancionar por un parlamento irlandés aquellas iniquidades, como también las que habían precedido. Pero además de que no hubo en él más que protestantes, como únicos propietarios del territorio, se exigió que recibiesen la comunión según el rito anglicano; lo que equivalía á la total espulsión de los católicos. Concibieron esperanzas en tiempo de Jacobo II: y ya se manifestaba cierta reacción, cuando la rebelión estalló. Convirtiéndose, pues, la Irlanda en centro de resistencia, y el virey Tyrconnell invitó á Jacobo II á presentarse allí. *Lo mejor que puedo desearos*, dijo Luis XIV al despedirse del príncipe inglés, *es no volver á veros*. Desembarcó Jacobo II en la isla y pronto se vió seguido de mucha gente; pero se enajenó las voluntades no queriendo consentir, en el parlamento, á que la Irlanda se separase de la Inglaterra, ni á que el rey fuese considerado como el jefe de la Iglesia. En este estado de cosas llegó Guillermo, y derrotado Jacobo en Boyne (1.º de julio de 1690), se vió obligado á huir segunda vez de un reino del cual no debía llevar más que pesares.

El nombre de Guillermo III ha merecido siempre veneración entre los protestantes de Irlanda; aun conserva el país emblemas que le recuerdan; plantan lirios amarillos, brindan á su memoria y llaman orangista al partido opuesto á los católicos. No quedaba ya á estos últimos más que una duodécima parte de las tierras. Así fué, que desde aquel momento costó trabajo á la Inglaterra herir á la Irlanda sin atacar á los ingleses establecidos en su territorio: no pudo, pues, más que unirse á ellos para oprimir á los católicos. En su consecuencia, la opresión nacional de todo el país fué doble, es decir, en provecho de la Inglaterra y en provecho particular de los diferentes propietarios. Los protestantes comenzaron por reconocer la superioridad del parlamento de Inglaterra sobre el de Ir-

landa, cuyos intereses sacrificaron de esta manera. Las manufacturas de lana, que muy florecientes en Irlanda, producían mucho á los cultivadores y artesanos, fueron destruidas porque rivalizaban con las de los ingleses; y si algún magistrado del país procuraba oponerse á ello, podía ser juzgado por los tribunales ingleses, aun después de haber sido absuelto por los irlandeses.

Por otra parte, los protestantes hicieron leyes con detrimento de los católicos, y el ejército ayudaba á ejecutarlas. Fué una persecución pacífica que se alababa de ser justa porque era legal; humana, porque producía poca efusión de sangre; moderada, porque oprimía sin determinar á la rebelión. Los obispos ó los superiores eclesiásticos que podían conferir órdenes, fueron desterrados; si tardaban en marchar, eran presos y deportados á las islas; si volvían, les aguardaba la pena capital. A los sacerdotes se les autorizó para permanecer, pero prestando juramento, y comprometiéndose á no abandonar el campo, á no oficiar sino en la parroquia á que estaban destinados, todo bajo fianza. Si apostataban, obtenían una gran pensión. El culto no debía tener nada exterior. A todo católico podía intimar el juez de paz decir la hora, el día, el punto á donde había asistido á la misa, y quién se encontraba en ella; y en caso de negativa, incurria en una multa de quinientos francos, ó en un año de cárcel. Prohibiéronse las peregrinaciones á San Patricio, y derribáronse las cruces y los tabernáculos; todos los profesores católicos fueron deportados y desterrados á las Indias. No permitiendo que los jóvenes pasasen á educarse al extranjero, se les excluía de las profesiones liberales, del parlamento y de los empleos públicos. La industria permanecía patrimonio de las corporaciones protestantes, privilegiadas; el obrero que se negaba á trabajar un día de fiesta era castigado, violando la libertad religiosa é individual. El católico podía ser precisado por el protestante á cederle su mejor caballo por cinco libras esterlinas; no podía casarse con una protestante, heredar de los protestantes, ni ser tutor: pasemos en silencio mil increíbles vejaciones. En fin, para reducir á los desgraciados irlandeses á la imposibilidad de recurrir al último medio de salvación de los pueblos oprimidos, fueron desarmados.

Esto era repetir de mil maneras diferentes, que todas las ventajas eran para los protestantes, y que sufrirían constantemente si permanecían siendo católicos. Todas las leyes eran, pues, religiosas en el fondo. Los irlandeses podían obtener empleos y tener asiento en la cámara, pero á condición de prestar juramento en contra de la transustanciación, de la misa, de la idolatría, de la Iglesia romana, de María y de los santos. Fundáronse escuelas, pero eran protestantes; y porque los católicos no iban á ellas, se ridiculizaba su ignorancia. Además de aquellas leyes, cuyos lazos no comprendían todos y no veían el motivo de las quejas, había verdaderas persecuciones, que el odio y el

interés hacían más encarnizadas. Ahora bien, cuando la ley concedía ya tanto, y cuando no quedaba á los oprimidos ningún medio de resistencia, los abusos en sus aplicaciones eran en extremo fáciles. En 1771, el virey de Irlanda se encontraba dispuesto á absolver á un católico; pero conociendo que la opinión le era contraria, «¡Veo, dijo, que se desea su muerte; pues que muera!» Los señores tenían prisiones donde conservaban á desgraciados á discreción suya, y les hacían aplicar azotes. El teatro, los escritos vertían á porfía injurias contra la religión católica. Si se pedía el desecamiento de los pantanos de Irlanda, se negaba, porque sería alentar al papismo. Aun después de haber cesado el encarnizamiento religioso, y que se pudo ver que sesenta años de persecuciones no habían destruido á los católicos, se continuó cubriendo los intereses egoístas con la máscara de la religión; cada queja, cada rebelión contra intolerables vejaciones se caracterizó de papismo. A veces dormían aquellas leyes tiránicas; pero el menor pretexto bastaba para despertarlas más terribles, en atención á que las violaciones se multiplicaban durante su desuso. La peor de las tiranías es la que sabe dulcificarse para hacerse soportable; pero aquella en que las leyes duermen por momentos, no es menos de temer. Ahora puede comprenderse la causa de las continuas agitaciones de la Irlanda, y la horrible miseria que pesa sobre sus habitantes.

Guillermo, hombre leal y de gran perspicacia, de un tacto pronto y recto en los negocios, tan valiente como cualquiera otro príncipe de su época, no sabía hacerse amar: «fué fatalista en religión, incansable en la guerra, emprendedor en política, enteramente insensible á las emociones dulces del corazón humano, padre frío, marido indiferente, hombre desagradable, príncipe adusto y soberano imperioso» (SMOLLETT). No cuidándose ni de las letras ni de las artes, rara vez se presentaba en Londres, que sentía no ver la corte allí; no daba empleos á los holandeses, pero los colocaba á su lado y los trataba con favor, tanto más cuanto que sabía que estaba rodeado de traidores. El parlamento le conservaba rencor; así era que tenía mucha economía en las sumas que concedía, sin contar que el derecho de las cámaras de vigilar el empleo de los fondos públicos se había establecido excepto en lo concerniente á una lista civil de seiscientos mil libras esterlinas. Este desacuerdo fué en provecho de la libertad, pues tal vez se hubiera concedido á un príncipe amado todo lo que hubiera deseado, hasta el punto de destruir las franquicias que acababan de conquistar. La parsimonia de las cámaras desagradaba tanto más á Guillermo porque le impedía hacer la guerra á Luis XIV, que había sido el objeto de toda su vida. Consiguíó, sin embargo, formar contra él una liga que fué su mayor gloria (1689) y en la cual entró también la Inglaterra. La alianza de esta potencia con la Holanda se señaló también con una

innovacion en el derecho de la guerra, á saber: la prohibicion á los mismos barcos neutrales de darse á la vela para Francia, bajo pena de esponerse á ser detenidos, como si se tratase de una potencia bloqueada.

• Varias veces intentaron los franceses desembarcar en la isla ó escitar en ellas sublevaciones, y hasta se les atribuyó una conjuracion dirigida contra la persona de Guillermo (1697); pero se vieron obligados á reconocerle por rey cuando la paz de Ryswick. A su vuelta á Londres, oyendo Guillermo cantar en el teatro una oda en honor de sus victorias, exclamó: «Echad á esos necios; ¡qué! ¿me creen el rey de Francia?»

Pero el rigor con que reprimió las conspiraciones agrió los ánimos; el pueblo vió en aquella guerra que costaba tanto un efecto de su ambicion; los whigs que le habian ascendido al trono, creyendo dar de esta manera un paso hácia la república, pretendian dirigirle á su antojo y cortarle cada vez más las alas. Querian que sostuviese pocos soldados, que no existiese el mismo parlamento más de tres años, y que se regularizasen los procedimientos en los crímenes de lesa majestad. Impulsado por sus escesivas pretensiones, tuvo que declararse partidario de los torys sus adversarios: reanimáronse las facciones entonces más que nunca escitadas por Marlborough, que habiéndose indisputado con Guillermo, su hechura, intrigaba con Jacobo á quien habia hecho traicion. La princesa Ana le tenia no sólo inclinacion, sino una verdadera pasion, la que se aumentó cuando esta princesa se disgustó con el rey y la reina, que concibiendo recelos de Marlborough, le habian escludido del consejo y puesto preso.

Las contrariedades que Guillermo sufría en Inglaterra eran un mérito para los holandeses; así es que con frecuencia iba á consolarse con ellos. En fin, después de haber tenido que vencer inmensas dificultades, murió lleno de amargura (1702).

Ana, hija de Jacobo II, cuñada de Guillermo, le sucedió á la edad de treinta y ocho años, asegurando á la Holanda que sostendría el sistema de su predecesor. Pero siete provincias permanecian en ella sin estatuder, y toda la Union sin capitán general: vacilábase, pues, en la eleccion de aquel á quien se habia de confiar esta dignidad. Adoptaron, en fin, el partido de no tener estatuder, y se concedió el mando al feld-mariscal Vollrath, príncipe de Nassau-Sarbrück-Usingen; cambios que no se verificaron sin turbulencias.

En Inglaterra, Ana nombró á Jorge de Dinamarca, su marido, generalísimo y almirante; pero el verdadero director de los negocios fué Marlborough, que formó con Godolphin un ministerio tory, aunque comprometiéndose á hacer la guerra á la Francia, conforme al parecer de los whigs, de acuerdo con el voto popular. Las señaladas victorias de Schelleberg y de Hochstædt colmaron de gloria á los ingleses, que celebraron la toma de Gibraltar como no habian celebrado ningun triun-

fo desde la derrota de la Invencible Armada. El feliz Marlborough, cuyas victorias parecian tanto mayores por ser conseguidas contra Luis XIV, obtuvo el título de duque, después el feudo de Woodstock, y luego pensiones cada vez más considerables, que sin embargo no saciaban á aquel héroe avaro é intrigante á la vez. Negociaba los tratados á su modo, recibia regalos de las cortes extranjeras, que se resignaban á pasar por lo que él queria; y todo lo podia por la influencia de su mujer, favorita de la reina Ana, que queria que todo se derivase de ella. Pero Abigail Hill, su parienta, á quien habia colocado á su lado, arrebató la confianza de la reina y sirvió á los proyectos de Harley, su tío, que procuraba minar la omnipotencia de Marlborough.

Conoció el duque que no podia sostenerse sino renegando de su opinion y asociándose á los whigs; pero no contentándose éstos con una parte, quisieron disponer de todo el ministerio. Luis XIV, como en nuestros dias Napoleon, aguardaba el momento en que se declarasen en rebelion aquellas divisiones parlamentarias, y las fomentaba. Las inteligencias que sostenia con los clanes montañeses de la Escocia, que habian permanecido afectos á los Estuardos y á la independencia nacional, le hicieron creer que era favorable la ocasion, y preparó un desembarco por aquella parte; pero los whigs y los torys se unieron entonces, y fracasó la empresa.

Habiéndose pasado Marlborough á los whigs, comenzó á suscitar disgustos á la reina; y con objeto de secundar las venganzas de su mujer, á quien daba á corregir hasta las cartas oficiales que dirigia á Ana, se unió á los liberales para pedir que se separase del empleo de almirante al príncipe de Dinamarca. Aquel hombre docil, «sin ambicion, sin intrigas, tal como se necesitaba para ser esposo de una reina de Inglaterra,» (THORÁS) murió de pesar. Fué reemplazado por lord Pembroke; y triunfantes los whigs promulgaron leyes generales y la más lata amnistia que se ha publicado nunca.

Pero la aversion de la reina y sus mismas imprudencias pronto arruinaron su crédito, y cuando pidieron poco diestramente que Marlborough fuese enviado al ejército, la opinion pública, aunque tributando justicia á sus méritos, no dejó de declararse en contra de los whigs; ó por mejor decir, la tirania ministerial habia cansado hasta tal grado al público, que se invocaba hasta la obediencia pasiva, con respecto al trono, y que se resistia con la lisonja: el doctor Shaverell abogaba por el poder absoluto, y escitó el entusiasmo del servilismo.

Además de que la reina estaba cansada del orgullo de Marlborough, concibió escrúpulos con respecto á sus derechos á la corona, temiendo haberla usurpado con detrimento del príncipe de Gales; y creyendo que la muerte de sus diez y siete hijos podia ser un castigo del cielo: propúsose, pues, cambiar el orden de sucesion. Era imposible conseguirlo con un ministerio whig; nombró, pues, uno tory, bajo la direccion de Bolingbroke (1710).

Pidióse cuenta judicialmente á Godolphin de treinta y cinco millones de libras esterlinas que faltaban en la tesoreria; y como la habilidad militar de Marlborough le hacia necesario mientras durase la guerra con Francia, los torys hicieron todo lo posible por hacer la paz. Verificada, pues, en Utrecht, se renovó la amistad entre Francia y la Gran Bretaña.

Los periódicos se dedicaron á atacar á Marlborough (1), «héroe de la Inglaterra, salvador de la independencia europea.» Fué destituido de todos sus empleos, acusado de concusiones, y condenado á restituir doscientas sesenta mil libras esterlinas, que quedaron reducidas á quince mil al año.

Conservando Jacobo II sus esperanzas, habia renovado varias veces sus tentativas, y secundado sus tramas en el interior las armas de Luis XIV sin dejar por esto armar á los ingleses. En efecto, cuando, desde las costas de Normandia, donde habia hecho sus preparativos para trasladarse al territorio británico, fué testigo de la derrota de la escuadra francesa en el Hogue, acontecimiento que arruinaba para siempre sus esperanzas: «¡Sólo mis valientes ingleses, exclamó, son capaces de semejantes golpes!» y se consoló con la idea de que la marina nacional habia recobrado su superioridad. Luis XIV por condescendencia á Louvois, no se mostró ya pródigo con respecto á él más que de cortesías y negativas: no pensó pues ya más que en convertir en mérito su resignacion. En su lecho de muerte (1701), Luis XIV le prometió proteger á su hijo y reconocerle como rey de Inglaterra; pero

la casa reinante continuaba considerándolo como hijo supuesto y la nacion le declaró rebelde.

Guillermo no habia dejado hijos: de diez y siete que habian nacido de la reina Ana, no existia ninguno; no quedaban, pues, descendientes de Jacobo I, por parte de Isabel, más que Sofia, viuda del primer elector de Hannover. El parlamento que creyó deber proveer á la sucesion al trono, reconoció á aquella princesa por heredera, con sus descendientes no católicos, al mismo tiempo cercó de nuevas restricciones la prerogativa real, y aseguró su constitucion, que consiste en la superioridad del poder legislativo, con la permanencia del poder ejecutivo. Cuando se presentaron las proposiciones del largo parlamento á Carlos I, contestó: «Si accediese á vuestras peticiones, aun se presentarian delante de mí con la cabeza descubierta, me besarían la mano, y me llamarían majestad. La fórmula de vuestros mandatos seria aun: *La voluntad del rey significada por ambas camaras*: aun podria llevar delante de mí la maza y la espada, y complacerme en poseer un cetro y una diadema, estériles ramos que pronto se marchitarían, después de la muerte del tronco. Pero con respecto al poder verdadero y real, no seria más que una imagen, una muestra ó un fantasma de rey.» De esta manera describia Carlos la monarquía á que tenia que resignarse la casa de Hannover.

El poco tiempo que aun duró el reinado de la reina Ana se pasó en intrigas para su sucesion, que ella queria, por escrúpulos de conciencia, hacer pasar al Pretendiente, al paso que los whigs sostenian los derechos de la familia de Hannover; y en efec-

(1) Swift ejercía en el *Examinador*, su picante verbosidad contra el general inglés. Como sus admiradores le comparaban á los héroes de la antigüedad, tomó de esto ocasion para hacer el siguiente paralelo:

«En Roma, en el colmo de su grandeza, un general victorioso obtenia por recompensa, después de haber subyugado á los enemigos, un triunfo, ó una estatua en el foro, un buey para el sacrificio, un traje bordado para las ceremonias, una corona de laurel y un trofeo con inscripciones. A veces se acuñaban mil medallas en recuerdo de la victoria, gasto hecho en honor del vencedor, y que debia cargarse á su cuenta; otras veces se erigia un arco de triunfo. Esto es, si bien recuerdo, todas las recompensas del general victorioso por las más insignes expediciones, después de haber conquistado un reino, cogido prisionero á un rey con su familia y los grandes de su corte, reducido un reino á provincia, ó al menos hacerle humilde y dócil aliado del imperio.

»De estas recompensas, sólo dos eran en provecho del vencedor, la corona de laurel y el traje bordado: aun no sé si el último era á expensas del senado ó costado por él. Pero admitamos la opinion más lata; contemos todos los gastos del triunfo, como dinero que entraba en el bolsillo del general, y comparemos el

agradecimiento romano	con la			ingratitude inglesa.	Libras.
	L.	s.	d.		
Incienso y vasos para quemarlo..	4	10	0	Woodstock..	40,000
Un buey para el sacrificio..	8	00	1	Blenheim..	200,000
Vestido bordado..	50	00	0	Gratificaciones sobre los empleos dados..	100,000
Corona de laurel..	00	00	2	Mildenheim..	30,000
Estatua..	100	00	0	Cuadros, diamantes..	60,000
Trofeo..	80	00	0	Concesion de Palma..	10,000
Mil medallas de un sueldo..	2	1	8	Empleos..	100,000
Arco triunfal..	500	00	0		
Carro triunfal del valor de un carruaje moderno..	100	00	0		
Gastos imprevisos del triunfo..	150	00	0		
Totales..	994	11	11		540,000

En 1814, el parlamento concedió al duque de Wellington 300,000 libras esterlinas, y 17,000 al año.»

to á su muerte fué proclamado Jorge I de esta casa. Ana recibió de la nacion el glorioso título de *Buena Reina*; pero si fué buena, se mostró incapaz de preparar grandes acontecimientos y aprovecharse de ellos. No tuvo siquiera la ambicion de apropiarse el mérito, contentándose con hacer el bien y perdonar las injurias. Habiendo encontrado apaciguadas las tempestades, dulcificadas las costumbres, despertado el espíritu de comercio, no tuvo necesidad de ser tiránica, y el país gozó bajo su mando de gran prosperidad. Una mujer se vió á la cabeza de una poderosa liga, y árbitra de los destinos de la Europa, durante nueve años de victorias, que hicieron temblar en la cabeza del descendiente de Carlos Quinto sus numerosas coronas, abatieron el orgullo de la Francia, y precisaron á la monarquía española á dividir con sus vencedores sus tesoros y posesiones. La marina inglesa contaba entonces con doscientos treinta y dos buques de guerra, con nueve mil novecientas cincuenta y cuatro piezas de artillería, y cincuenta mil hombres (2). Adquiriéronse importantes territorios en Europa y en el extranjero, aseguróse la supremacía diplomática, instalóse el comercio inglés en todas partes (3) y hasta se excluyeron de Portugal todos los demás por el tratado de Methuen (1703).

(2) La marina costó desde 1682 á 1687, doce millones; desde 1688 á 1697, veinte y cinco millones; desde 1698 á 1700, catorce millones; desde 1701 á 1713, veinte y dos millones; desde 1713 á 1715, diez y siete millones al año.

(3) Se creeria que Addison habla de la ciudad de Londres del día, en el cuadro que traza del progreso del comercio en aquella época.

«No hay punto que me agrade más en Londres y que frecuente con más gusto que la Bolsa real. Esperimiento una secreta satisfaccion; y mi vanidad de inglés se encuentra en cierto modo lisonjeada, al ver tan rica reunion de compatriotas y extranjeros consultar juntos sobre los intereses del género humano, y hacer de esta capital una especie de mercado de toda la Inglaterra. Debo confesar que la bolsa me parece un gran concilio, en el cual todas las naciones de alguna importancia tienen sus representantes. Los agentes en el mundo comercial son como los embajadores en el mundo político: negocian asuntos, concluyen tratados, y sostienen buenas relaciones entre estas opulentas sociedades que se encuentran separadas unas de otras por mares y océanos, ó viven en las diferentes estremidades de un mismo continente. Muchas veces me ha sucedido gozar con oír allanarse las dificultades entre un japonés y un regidor de Londres, ó ver á un súbdito del gran Mogol asociarse á otro del czar de Moscovia. Encuentro gran diversion en mezclarme á estos diferentes ministros de comercio, distintos entre sí por un aspecto y lenguaje diverso. A veces me introduzco en un corro de armenios; otras me pierdo en un círculo de judíos, ó formo parte de otro de holandeses; tan pronto soy danés como sueco ó francés; ó más bien me creo semejante á aquel filósofo á quien se le preguntaba de qué país era, y contestó: *Soy ciudadano de todo este mundo.*»

«Gran amigo del género humano, como soy, gozo al ver á una multitud feliz, que prospera hasta el grado, que en las solemnidades públicas no puedo á veces impedir dar rienda á mi alegría con furtivas lágrimas: por este motivo

España excluía de sus posesiones de la India á todos los extranjeros, fundándose en la bula de Alejandro VI, y jamás reconoció los establecimientos de Inglaterra en Asia ni en América, lo cual era un perpetuo foco de guerra. Hasta 1670 no reconoció los hechos consumados, y entonces permitió que los buques ingleses parasen en sus puertos cuando se viesen obligados por el viento ó para repararlos; lo cual eran suficiente para que traficasen con entera libertad. Interrumpidas estas relaciones por la guerra, se reanudaron con la paz

me complazco en ver á una reunion de personas como éstas prosperar en su estado privado, al mismo tiempo que son causa del bien público; ó en otros términos, procurar á su familia una condicion ventajosa llevando á su país natal aquello de que carecen, y esportando lo que abunda en ellos.

Parece que la naturaleza ha tenido particular cuidado en sembrar sus favores en las diferentes regiones del mundo, en vista de las mútuas relaciones y del comercio entre los miembros del género humano, á fin de que los naturales de las diferentes partes del globo viviesen en una especie de dependencia unos de otros, y estuviesen unidos por el interés comun. Casi cada clima produce algo de particular; á veces un manjar procede de un país y la salsa de otro. Los frutos de Portugal son corregidos por los productos de las Barbadas; la infusion de una planta de la China, se dulcifica con el jugo de una caña de las Indias; las Filipinas nos envían drogas para dar sabor á nuestros licores europeos. En solo el traje de una señora, se encuentra á veces el producto de cien climas: el pañuelo y el abanico proceden de las estremidades opuestas de la tierra; el chal de la zona tórrida, y la pelliza de los países del polo; el jubon de brocado se debe á las minas del Perú, y el brazaete de diamantes se arranca de las entrañas del Indostan.

«Llegan á nuestros puertos barcos cargados de los productos de todos los climas; nuestras mesas no escasean de especias, aceites ni vinos; nuestros aposentos están adornados con pirámides de la China y obras industriosas del Japon. Nuestra colacion procede de los países más distantes de la tierra; nos curamos con drogas de la América, y descansamos en pabellones traídos de las Indias. Los viñedos de los franceses son nuestros jardines, las islas de los aromas nuestros lechos, los persas nuestros fabricantes de sedas, los chinos nuestros alfareros, la naturaleza nos proporciona todo lo necesario; pero el comercio nos provee de multitud de cosas útiles, entre una gran cantidad de objetos cómodos, artículos de lujo y adorno. No es nuestra menor felicidad la de poder gozar de los productos de los más remotos climas del Norte y del Mediodía, sin sufrir ni el rigor de sus inviernos, ni el ardor de sus estíos; y al mismo tiempo que nuestra vista se recrea en los verdes prados de la Bretaña, saborear los frutos que producen los trópicos.»

«Por estas razones creo, que no hay una república de miembros más útiles que los negociantes. Unen al género humano en una mútua correspondencia de favores; reparten los dones de la naturaleza, dan ocupacion á los pobres, aumentan las riquezas del rico, y la magnificencia del grande. Los negociantes ingleses convierten en oro el estaño de nuestras minas, y cambian la lana por rubíes; los mahometanos se visten con los paños de nuestras manufacturas, y los habitantes de las zonas heladas se cubren con las pieles de nuestros rebaños.»

de Utrecht como en tiempo de Carlos II; y además los ingleses adquirieron á Gibraltar, la isla de Menorca y la trata de negros por treinta años.

Banca de Inglaterra.—En tiempo de Guillermo vióse constituirse, no por obra de un hombre, sino por una consecuencia natural del nuevo orden de cosas, la deuda pública formada de un capital no exigible, pudiendo transmitirse de unos á otros, y del cual pagaba el Estado los intereses. Las deudas del Estado habian sido abolidas, es decir, defraudadas por Carlos II, que habia hecho cerrar el tesoro, deudor de 2.800,000 libras esterlinas: no obstante, por transaccion, se inscribieron en el gran libro 664,226 libras esterlinas, que fueron la única deuda nacional anterior á la revolucion. Guillermo III introdujo, á imitacion de Holanda, Génova y Venecia, el sistema de los grandes empréstitos, y en 1699 se ensayó por primera vez en Inglaterra una operacion comun en el día, la reduccion del interés á otro menor, que fué del 5 por 100. A fines del reinado de aquel príncipe, la deuda estaba reducida á 16.394,702 libras esterlinas; aumentóse en el reinado de Ana hasta la cantidad de 54.000,000, cuando las jugadas de la bolsa adquirieron desarrollo. Se distaba mucho de comprender entonces toda la importancia de la deuda pública; pero no se tardó en conocer que la misma constitucion la aseguraba por completo, pues era garantizada por el parlamento nacional. Constituyóse entonces un fondo de amortizacion; y con objeto de aumentarle, todos los acreedores del Estado se reunieron en una *Compañía para el comercio del mar del Sur*, con privilegio para Méjico, el Perú y las demás posesiones españolas en las Indias.

En 1694, el escocés Patterson propuso sacar al gobierno de los apuros que le habia ocasionado la Revolucion, haciendo un empréstito de 1.200,000 libras esterlinas, cuyos suscritores recibirian 100 mil al año, con la facultad de emitir billetes de banco, convertibles en oro, y formar una *Compañía del banco de Inglaterra*. Perseguido Patterson por sus conciudadanos, por sus asociados y por el rey, pereció en los bosques de la América, después de haber prestado tan gran servicio al príncipe y al gobierno; pero la asociacion prosperó proporcionando fondos al Estado, hasta el grado de que en 1709 el capital del banco ascendia á 4.400,000 libras esterlinas. Pudo impedir el establecimiento de bancos rivales, y se le autorizó para crear un papel moneda. El gobierno le pagaba 8 por 100, y le daba en hipotecas ciertas contribuciones, además 4,000 libras esterlinas por los gastos de administracion. En 1781, el capital originario ascendia á 11.642,000 libras esterlinas, y el interés se habia disminuido hasta el 3 por 100. Las operaciones comerciales del banco debian limitarse al oro y á la plata en barras.

Cuando en 1833 se prorogó su privilegio por veinte años, el Estado le debia 15.000,000 de esterlinas, que producian el 3 por 100. Este capital se redujo á 11.150,000, y en 1876 llegaba

á 14.553,000. Recibe y paga las anualidades y las rentas sobre el Estado, pone en circulacion los bonos de la Hacienda, garantizándolos, y adelanta al gobierno los productos del impuesto territorial.

La reina Isabel habia establecido en 1600 una compañía de las Indias, que después de haber prosperado, declinó por abusos y acontecimientos desgraciados: no era bien mirada, por ser contraria á la libertad de comercio, por lo cual se votó su supresion, y se permitió á otros negociantes mandar barcos á las Indias. Formóse al efecto otra segunda compañía (1698), y teniendo necesidad el gobierno de 2.000,000 de libras esterlinas, se las ofreció para que las reconociese. Poco tiempo después, ambas asociaciones se fundieron en la *Compañía reunida del comercio de las Indias orientales* (1702).

Quejándose la Escocia de que su vecina se enriquecía mientras ella permanecía pobre, se la autorizó para que formase una compañía escocesa para el comercio de Africa y de las Indias, con el derecho de fundar colonias y ciudades en distritos no poseidos por soberanos europeos. Establaciéronse tres colonias entre Puerto Bello y Panamá, en una posicion tan favorable, que las demás potencias tuvieron envidia, y Guillermo las destruyó. De esta manera encontraron los escoceses que habian perdido las sumas gastadas, lo que aumentó los males causados por la opresion de los partidos que los dividian.

Gran Bretaña.—Teniendo en consideracion la reina Ana desde el principio de su reinado su desgraciada condicion, trató de unir con vínculos más estrechos la Escocia á la Inglaterra: aseguró el presbiterianismo, excluyendo el episcopado, y concluyó por decidir la reunion absoluta de ambos países, que desde el 12 de mayo de 1707 debian formar el reino unido de la Gran Bretaña, representado por un solo parlamento, con derechos y privilegios comunes, y unidad de pesos, medidas y monedas. La Escocia debia tener diez y seis miembros en la cámara de los Pares, y cuarenta y cinco en la de los Comunes, participando de esta manera de una undécima parte en la representacion, cuando no pagaba más que la cuarenta de los impuestos. Pero los patriotas veian con sentimiento aquella union con un país mucho más extenso y poderoso, que les arrebatava la independencia y el derecho de tener sus reyes particulares, les hacia temer el predominio del episcopado y privaba á la alta nobleza del privilegio de representar á la nacion: ésta era, sin embargo, la indemnizacion por tener un gobierno regular, estar libre de las guerras civiles, y poder cosechar libremente en el campo del comercio y de la industria. Hubo, pues, mucha oposicion á esta medida, sobre todo entre los jacobitas, que habian permanecido fieles al príncipe de Gales. «¿Dónde estais, exclamaba el duque de Hamilton, dónde estas Wallace, Douglas, Campbell, baluartes de la independencia escocesa?» Sea lo que se quiera, se hicieron pro-

mesas, se corrompió, se acarició, tanto, que se decretó la union (1707), aunque añadiendo que la iglesia escocesa seria regida únicamente por el presbiterianismo.

Aquí concluye la historia de Escocia; y lo que

habia conservado de poética, desaparece para ceder el puesto á una agricultura floreciente, á los progresos de las artes y del comercio, siendo llamado el pais en adelante á participar de los bienes y males de la Inglaterra.

CAPITULO XX

LITERATURA INGLESA.—REVISTAS.

Aquella época fué además el siglo de oro de la literatura inglesa.

Después de Spencer y Shakspeare Abraham Cowley (1618-68), autor de una *Dauidida* y diferentes composiciones líricas, pasaba entonces por el mayor poeta de Inglaterra; desprovisto de imágenes y aun más de sentimiento, se sostenia por la brillantez de su talento que le valió una fama muy superior á la de Juan Milton, el verdadero poeta de entonces.

Milton, 1608-74.—Milton habia comenzado por hacer versos latinos, y se elevó en el *Comus* (1634), obra modelada en el poema italiano, siendo superior á todos aquellos entre quienes se habia educado, sin dirigirse á una regularidad servil, y sabiendo mejor que Johnson sacar partido de los clásicos para adquirir dignidad y elocuencia. Todo es en él correcto en la composicion; casi todo en el estilo, que se sostiene á igual altura, sin declinar bruscamente como hacian sus contemporáneos; y en lo posible, en una lengua muerta, asoció la originalidad á un gran talento de imitacion, uniéndole cierto aspecto de nobleza y libertad que hasta en aquellos entretenimientos revela la fuerza de un gigante. El *Lycidas*, alegoría pastoril del género de las de Italia, y en la que san Pedro figura entre las divinidades mitológicas del mar, no deja de tener el sello de una bella y graciosa poesia. Imágenes selectas y juiciosas brillan en el *Alegre* y en el *Pensativo*, en el que se encuentran bonitas alusiones y un verso sostenido. La oda sobre la *Navidad* es, segun la opinion de algunos, la mejor que posee la lengua inglesa.

Milton conoció á Galileo en Italia, donde se inspiró con el espectáculo de las magníficas ruinas de Roma. Se encontró en relaciones en Nápoles con Manso, que hablaba de Tasso como de un ilustre amigo cuya pérdida se deplora, y asistió en Milan

á una representacion del *Adán*, de Andreini, que, segun dicen, le inspiró la idea de causar el primer pecado del hombre. Cuando estallaron las tempestades de su patria, tomó parte en las discusiones teológicas bajo las cuales se cubrian las disidencias políticas, y se abandonó á las ilusiones, á los arranques fogosos de los revolucionarios. Cromwell, á quien se habia dado á conocer por sus violentos escritos, le nombró su secretario. Publicó diferentes opúsculos de circunstancias; y su *Arcopagética* es un libro lleno de elocuencia y ardiente osadia en favor de la libertad de la prensa, que el protector pensaba oprimir. Aunque sus diatribas contra el rey decapitado están llenas de bilis y pedanteria, están escritas de buena fe, como tambien las alabanzas que dirige á Cromwell; pues nunca se desmintió su ardor democrático, su amor á las libertades constitucionales, su idea del deber, ni su valor en sostener otras opiniones que las del vulgo.

Sin ambicion, y habiéndose quedado ciego, continuó ejerciendo su empleo, odiado de un partido y descuidado de otro, reuniendo de esta manera en su corazon las emociones revolucionarias de libertad, fanatismo y venganza. Cuando después pasó de la vida activa al retiro y á la meditacion, cuando vió disiparse sus ilusiones y perecer á sus amigos, se consoló repasando en su memoria lo que recordaba de Homero, Isaías, Platon y Eurpides, y meditando sobre sí mismo: de aquí aquellos recogimientos melancólicos, aquella poesia interior que le dan un carácter particular. Aconsejándole un dia su mujer renegase de su conciencia y repudiase su dignidad literaria para enriquecerse: «Veo, contestó, que eres como todas las demás mujeres; quisieras tener un coche. Yo quiero morir hombre honrado, como he vivido.»

Tenia ya cincuenta y nueve años (1669) cuan-